

ESPAÑA PINTORESCA.

LA ALJAFERÍA DE ZARAGOZA.

PALACIO de históricos recuerdos! alcázar de glorioso nombre! ¿qué se han hecho tus puertas de herradura, tus esbeltas columnas y afiligranadas paredes, con que ornara tu recinto el fundador cuyo nombre llevas? ¿dónde están los ricos tapices, las bellas pinturas y dorados artesones con que decoraron tus suntuosas salas los monarcas de Aragón, y tu segundo fundador el rey Católico? ¡Ah! de tu pasada gloria solo el nombre te resta, solo él indica lo que en otro tiempo fuiste. Ya no cobijas dentro de tus muros bellas princesas y apuestos donceles; ya no resuenan tus antecámaras con los enérgicos razonamientos de los magnates aragoneses, y los curtidos guerreros, ni se oyen en tus estancias el laud del trovador provenzal, y las amorosas cántigas de los profesores de la gaya sciencia, que encontraban en otro tiempo la mansion de un rey trovador (1). Solo turban tu soledad los gritos del soldado, el chirrido de la cadena y el lúgubre lamento del miserable reo, que cuenta los últimos instantes de su existencia en la torreta fatal.

No fué por cierto este el objeto que se propuso el fundador de la Aljafería, al echar sus cimientos entre las olas del Ebro, cuyo curso silencioso para perderse en las del mar, nos recuerdan el olvido y la oscuridad que reinan acerca de la construcción de aquel suntuoso alcázar. Su nombre arábigo y la tradición del país, le hacen mirar como fundación de un rey, llamado *Abenalfase* ó *Aljafar*, aunque á la verdad, su nombre no figura en muchas de las listas de reyes zaragozanos que circulan entre los eruditos. Otros escritores no dan al rey Aljase mas honor que el de haber reedificado aquel palacio fundado por Augusto, al mismo tiempo que edificaba los muros de Zaragoza, derrocando con este objeto las fortificaciones de Celsa y otras colonias inmediatas. Como si faltáran glorias verdaderas á esta célebre ciudad, han tratado algunos escritores, demasiado crédulos, de engalanar su antigua historia con narraciones portentosas. Una matrona, dicen, desconocida y de aspecto grave y hermoso, se apareció repentinamente al emperador Augusto, y le presentó un niño que traía en sus brazos. Consultados los augures, respondieron que aquel niño sería el que, según los oráculos y los libros de las Sibilas, vendría por fin á ser el dominador del orbe. Entonces Augusto, que estaba fundando á Zaragoza, ideó el fortificarla de modo que le sirviese como de baluarte para poder hacer allí la última resistencia, cuando hubiese perdido todo. Con este objeto construyó tambien allí un gran palacio que le sirviese de vivienda. Este palacio, según ellos, es el que despues se llamó por los árabes la Aljafería, y encaprichados con esta idea, le hacen igualmente morada de los reyes árabes, y por consiguiente del rey Marsilio. Si les hubiera ocurrido continuar esta narración, nos hubieran señalado tambien cual era el balcón desde el cual la bella Melisendra decia á los peregrinos: *Caballero, si á Francia ideas, por Gayferos preguntad*.

Pero amargo desengaño espera el que alucinado con estas tradiciones, y con su nombre arábigo, piensa encontrar dentro de la Aljafería las bellezas del Generalife, y de la Alhambra, y de otros palacios árabes. No parece sino que se ha hecho empeño en destruir sus anti-

(1) Semanario Pintoresco de este año, núm. 24, pág. 189.

25 de diciembre de 1842.

guas bellezas, y ni aun siquiera nos queda idea de la forma que tuvo. Por varias relaciones, aunque minutas, que nos han transmitido los pocos escritores que del han hablado, sabemos que los monarcas de Aragón, después de su conquista lo habían embellecido suntuosamente, y depositado en él muchas de las preciosidades recogidas por ellos en los dilatados países por donde habían llevado sus conquistas. No fué quien menos contribuyó para ello la reina Doña María, gobernadora de Aragón, que depositó allí, donde vivió por muchos años, varios objetos preciosos que le remitía desde Nápoles su esposo D. Alonso V, para consolarla en parte con estos regalos de su dilatada ausencia, por el juramento que había hecho de no volverla á ver jamás. Otros escritores hacen relaciones de las suntuosas fiestas que allí se celebraban, especialmente con motivo de las coronaciones de los reyes, de la corrida de toros en el campo inmediato del sepulcro, en la de Don Alfonso el IV, y la comida de 10,000 cubiertos costeada por la ciudad de Zaragoza en esta ocasión.

A principio del siglo XVI D. Fernando el Católico, II de Aragón, y V de Castilla, determinó reparar y engrandecer aquel alcázar, dándole nueva forma, como efectivamente lo hizo. Para ello echó abajo en gran parte la antigua fábrica, levantándola en seguida bajo el pie que actualmente tiene, que es un *trapezio* ó cuadrilátero irregular, dejándola sin concluir por la parte del Ebro, en cuyo estado se halla todavía. Dista de Zaragoza unas 216 varas S. O. y está, fortificado con un pequeño baluarte en cada uno de sus ángulos, y con fosos, que mandó cavar aquel mismo rey. En aquel tiempo debió ser una fortaleza imponente, pero en el día, bajo el aspecto estratégico, ofrece poca consideración. La fábrica es toda de ladrillo, en su construcción muy sólida y de aspecto bastante agradable y grandioso, especialmente por la fachada principal que mira á Zaragoza.

Tampoco en su ornato interior anduvo escaso el rey Don Fernando. A fines del siglo pasado, y antes de la guerra de la independencia, se conservaban aun en muy buen estado tres ó cuatro salas bastante bien decoradas al estilo de aquel tiempo: las guerras, la indolencia y un incendio casual las han destruido, y solamente ha podido sobrevivir á la devastación una sala que debió servir sin duda para las grandes funciones, y quizá para el trono, según sus grandes dimensiones, las molduras de sus tribunas, y elegantes cornisas, y el rico artesonado del techo pintado de oro y azul. Entre sus prolijas labores creímos distinguir en él algunos manojos de flechas, las cuales enlazadas con un yugo, eran la empresa de los reyes Católicos, según se vé en varios escudos y medallas de aquel tiempo, llevando en algunos este mote, *parcere subjectis et debellare superbos*. De la misma época es también la torre de la iglesia, que sirve de parroquia á los habitantes del castillo bajo la antigua advocación de S. Martín. En otro tiempo tuvo esta iglesia muy buenos adornos, y su planta es muy regular: pero en el día está bastante desmantelada. Muéstrase en ella una pila bautismal algo tosca, en la cual fué bautizada la célebre princesa Doña Isabel, hija del rey D. Pedro III, llamado el grande, y esposa del rey Don Dionis de Portugal: el incansable celo que desplegó para atajar los progresos de la guerra civil, que iba á estallar entre su hijo y su esposo; las brillantes virtudes de que se hallaba dotada esta hermosa princesa, le merecieron un lugar distinguido en las páginas de la historia, y la veneración de la iglesia en sus altares.

En uno de los patios del castillo se conservan también cuatro grandes morteros de bronce del siglo XVI, que según dicen, fueron fabricados con el primer me-

tal que se trajo del nuevo mundo. También se conservaban en su armería varias piezas notables por su calidad, ó por los sujetos á quienes habían pertenecido, pero en el día no ofrece nada digno de observación, sino algun mosquete y alguna que otra arma antigua. Cuando se casó la desgraciada Doña Catalina de Aragón, hija de Don Fernando el Católico y Doña Isabel, con Enrique VIII, se sacaron de esta armería para regalarle al de Inglaterra, entre otras varias cosas, algunas espadas que se tenían en mucha estima. La mayor parte de ellas eran de las celebradas del perilló, y llevaban la marca de Andrés Ferrán, espadero de Zaragoza.

A esto se reduce lo que en materia de antigüedad puede presentar el alcázar de la Aljafería, perseguido al parecer por una triste fatalidad. Acababa el rey D. Fernando de repararlo y adornarlo, cuando los graves negocios de la corona de Castilla le llamaron á este reino. Habiendo ocurrido por aquel tiempo la muerte del inquisidor *Maest-Epila* (S. Pedro Arbues), á manos de los judaizantes, el rey deseoso de autorizar aquel tribunal mandó que los inquisidores residiesen en lo sucesivo en su mismo palacio de la Aljafería, cediéndoselo con este objeto.

Grande fué la autoridad que con esto adquirió la inquisición, y el aparato con que principió á ejercer sus funciones. El P. Murillo, escritor de Zaragoza á fines del siglo XVI, nos ha transmitido una relación minuciosa de la pompa con que se ejecutaban los autos de fé en aquella época, y el aparato con que los tres inquisidores se dirigían al mercado, presidiendo y postergando á todas las autoridades civiles y eclesiásticas, y escoltados por mas de 400 personajes á caballo. Pero á principios del siglo XVII, habiendo disminuido ya el número de penitentes se celebraban los autos de fé en el patio grande del castillo. Mucho le agradeceríamos á este padre que hubiera sido igualmente minucioso en describir el alcázar que servía de morada á los inquisidores, y las tradiciones acerca de él, que entonces debían estar aun frescas, como lo hizo con otros edificios y conventos mucho menos interesantes.

Cuando el levantamiento de Zaragoza en 1591 fué no menos importante el papel que hizo la Aljafería, que estuvo á pique de ser asaltada á viva fuerza por los Zaragozanos, para extraer de allí al célebre Antonio Pérez, el día mismo en que había sido sacado de la cárcel de la Manifestación para llevarle á la del Santo oficio (1).

En tal estado siguió este alcázar, hasta que habiéndose trasladado la inquisición al edificio, que aun conserva su nombre en la calle de Predicadores, volvió á poder de los reyes de España. En él se aposentó Felipe V cuando entró en Zaragoza el año 1701. La poca afición que los de esta ciudad le habían manifestado durante la guerra de sucesión, le decidieron á fortificar mas el alcázar, metiendo en él desde entonces guarnición de tropa reglada. Los franceses se apoderaron de él, por la capitulación de marzo de 1809, y la sostuvieron hasta el 2 de agosto de 1803, en que se rindió su guarnición.

Faltó poco entonces para que fuese enteramente destruido todo el edificio, no solo por el fuego de las baterías del portillo, cuyo daño no fué considerable, sino mas bien por la desesperación del comandante de artillería. Al evacuar la ciudad el general París, dejó de guarnición en la Aljafería 500 hombres de diferentes cuerpos: conociendo el comandante Roquemont la imposibilidad de hacer una gran resistencia con tan heterogéneos elementos, y sin esperanza de socorro, trató de capitular.

(1) Semanario Pintoresco, t. 6.º, pág. 32.

Irritado por esto el comandante de artillería se empeñó en volar el fuerte, y ya que no pudo conseguirlo pegó fuego á las municiones del reducto de la derecha, y se voló con otros siete artilleros. Los demas sitiados aparentaron que una granada dirigida desde fuera había causado aquel destrozo, y cubierto con esto su honor capitularon al día siguiente. A su salida los franceses dejaron en muy mal estado el edificio, y á ellos se atribuye la desaparición de muchos de los efectos y monumentos antiguos, que en él se conservaban, y en el día se echan de menos.

Tal es en la actualidad el estado del célebre palacio, de la Aljafería, del alcázar que sirve de escena á los dramas del *Trovador* y de *Cerdan*. El autor de este ha sabido aprovechar para una de sus mejores escenas la tradición vulgar en Zaragoza, de que existe un subterráneo, que conduce desde la Aljafería hasta la iglesia de la Seo, por donde pasaban los reyes árabes hasta aquella mezquita, no solamente á sus oraciones, sino también por objetos políticos ó personales.

Por lo que hace á la importancia de este alcázar no tiene duda en que decayó, desde el momento en que reunidas las coronas de España en la cabeza de un rey de Aragón, se vió postergado á otros mas elegantes y grandiosos. Desde entonces ha pasado de corte á cárcel, de palacio á castillo, de morada voluptuosa de placeres á lugar de padecimientos y formidable aparato: en este odioso destino ha continuado, desde que fué cedido por el rey mismo que le mandara reedificar, destino por cierto tétrico y sombrío. En el siglo XVI salían de allí los infelices, que al lúgubre sonido de la campana de los dominicos, marchaban hacia la plaza del Mercado para ser allí consumidos por las llamas, porque no convenían con sus jueces en ideas religiosas. En el siglo XIX hemos visto también salir de allí los reos, marchando al roncón son del tambor, para ser pasados por las armas en el campo fronterizo, llamado *del Sepulcro*, porque no convenían con sus jueces en ideas políticas. ¡Cada siglo tiene sus manías y sus puntos de contacto!

V. DE LA F.

LAS ISLAS BALEARES.

(Véase el número anterior) (1).

El real palacio, antiguo alcázar de los dominadores árabes, reedificado en 1309 por D. Jaime II de Mallorca, nada conserva apenas de su forma, sino el grueso y robusto muro que le cerca y le presta un aspecto agreste y extraño, habiendo desaparecido en el resto todo carácter de arquitectura con las numerosas renovaciones, añadiduras y mudanzas que cada siglo fué dejando en él sucesivamente. No así la Lonja, conservada intacta en todo su esplendor y pureza como cuando en el siglo XV se acabó de construir, monumento sin duda el mas elegante de Palma, y no de los últimos acaso entre los del continente. Las casas consistoriales, aunque no del mejor gusto, como construidas en una época en que empezaba á prevalecer el refinamiento y capricho en las artes, tienen grandiosidad é imponente aspecto, que no desdice de su objeto y destino. En una de las salas del consistorio están los retratos de los patricios mallorquines dis-

tinguidos por su santidad, ciencia, hazañas ó dignidad; y todos los años en los días de gala ó aniversarios, lo mismo que en las circunstancias extraordinarias, cubren enteramente la fachada, según costumbre tan laudable y patriótica como poética, aquella multitud de reyes, prelados, generales y vírgenes sagradas, como si salieran á presidir las solemnidades, y á tomar parte en todos los sucesos y vicisitudes de la patria que salvaron ó ilustraron.

Las iglesias son en su mayor parte espaciosas y de buen gusto, mereciendo entre ellas particular mención Santa Eulalia, antigua parroquia de tres naves, que sirvió un tiempo de Catedral; Sta. Cruz, y S. Francisco de Asís, obras las tres de los siglos XIII y XIV. Pero la mejor sin disputa por el mérito artístico de su anchura y única bóveda, por lo sólido y magestuoso de su estructura, y por los sepulcros y recuerdos que encerraba, era la de Sto. Domingo, obra del célebre Jaime Fabre; y en el convento anejo á ella habia tres piezas de un gótico, el mas encantador y elegante que despertaba, si es posible, en mas alto grado aun la admiración de los viajeros. El convento y la iglesia fueron demolidos en 1837.

Estrechuras y tortuosas generalmente las calles de Palma, como las de toda ciudad antigua, y ceñidas amenudo por casas de fecha no muy moderna, están lejos, con todo, de ofrecer el aspecto ruinoso y solitario que presentan gran porción de las de la Península, en que los muertos parecen haber concedido por gracia un albergue á los vivos. Es increíble el empeño con que de diez años á esta parte se procura el ensanche de las calles; el ardor con que se emprenden modernas construcciones; y las mejoras que dá por resultados tan laudable celo. Las casas no suelen tener mas de un piso principal, ni mas de un inquilino, pues en un recinto casi tan vasto como el de Barcelona, bien pueden vivir 36,000 hombres sin embarazarse, con toda la comodidad de patios, desvanes, azoteas, y á menudo jardín, que es muy común en casas de algun valer. Así que, se nota en ellas una extensión de salones, una magnificencia de zaguanes, una prodigalidad de terreno que asombraría al que estuviera acostumbrado á la estrechez y constreñimiento con que se vive en cortes y ciudades muy populosas: hay también en su amueblamiento de tapices, de maderas embutidas, de enormes y cómodos sillones ciertas tradiciones particulares que no carecen de gracia y magestad. En algunas de estas casas principales, como en las de Montenegro, Ariany y Veri hay galerías de cuadros en extremo apreciadas por los inteligentes.

Los palmesanos aman el campo apasionadamente, y á fé que tienen razón en amarle, pues paisaje mas ameno y variado que el que rodea sus muros, que el que pueden descubrir desde sus azoteas, difícilmente se encuentra. En los alrededores, cuajados de quintas y caseríos, apenas hay familia de la ciudad que no tenga un techo donde guarecerse de los ardores del verano, ó donde gozar del hermoso sol del invierno; y las mas distinguidas y pudientes pasan á veces la mitad del año en sus quintas esparcidas por toda la isla, y adornadas á menudo con mas gusto y esmero que sus casas en la ciudad. Distínguense entre ellas Raxa, La Granja y Alfabiá, las dos últimas por sus jardines y fuentes, la primera por su precioso museo de escultura y antigüedades, recogido con crecidas expensas de las ruinas de Herculano y Pompeya por el ilustre cardenal D. Antonio Despuig, tío de sus actuales poseedores. La gran multitud del pueblo que carece de techo propio, y á quien atan, por decirlo así, á la ciudad sus necesidades y quehaceres, aprovecha con ansia los días de descanso y de

(1) En los tomos anteriores del Semanario se han dado separadamente descripciones y vistas de la Catedral, Lonja, y Puerto de Palma, del Castillo de Belver, de la Cartuja de Valdemusa, y del Sepulcro de Raimundo Lulio.

fiesta para espaciarse al aire libre á la orilla del mar ó en el fondo de frondoso valle, donde en alegre corro, al son de la imprescindible guitarra, se improvisa una danza ó una merienda. Siempre que en alguna poblacion, caserio ó capilla cercana, se celebra la fiesta de su patrono ó titular, se traslada allí en masa el pueblo de la capital; y al anochecer presenta un lindo y curioso espectáculo la entrada de aquella interminable fila de caballeros y carruages atestados de gentío en que viene la mitad de la poblacion, recibida por la otra mitad con espantosa silba y algazara; y lo que es mas honroso para los mallorquines, y pinta mejor su carácter, aquel caos y bullicio inocente no encubre desorden alguno, ni jamás desde tiempo inmemorial un atentado, una riña ó una gota de sangre viene á aguar el gozo de aquellas romerías.

El verano es en Palma deleitoso. Además de sus encantadores paseos marítimos, de las frescas brisas de sus noches, y demas delicias que su posicion y la naturaleza le conceden, toma la ciudad un carácter de permanente fiesta, debido al movimiento que en aquella sazón parece reunir entre sí y estrechar á los habitantes. Entonces se aprovecha con ansia cualquier motivo de diversion, una capilla, una imagen de santo que se conserve olvidada en una calle, da ocasion á los vecinos del barrio á uno ó dos dias de asueto y de bullicio, que terminan por la noche con la iluminacion de la calle adornada al efecto, y con una brillante música prolongada hasta muy tarde, y es imposible describir el efecto de aquellas funciones al aire libre, en una hermosa noche de verano, y la vista de todo lo mas escogido de la ciudad concentrado en un solo punto, ó ocupando las triples hileras de sillas que á modo de aceras ciñen las calles. De esta suerte van pasando los domingos y solemnidades del verano, trasladándose de un extremo á otro las *fiestas de calle*, especie de funciones ó *soirées* que cada barrio por su turno se encarga de dar á la poblacion.

Sin embargo, Palma, no menos que todas las ciudades aun oscuras ó apartadas, vá de cada día desnudándose de sus rasgos individuales, que ora sean lunares, ora adornos, se inmolan por dó quiera al espíritu de uniformidad y nivelacion del presente siglo, y que corre rápidamente al centro de unidad que debe confundir en un comun tipo todos los pueblos y naciones. Muchachos somos todavía, y es indecible la variacion de costumbres que hemos podido observar, los recuerdos que han desaparecido á nuestros ojos, los usos tradicionales cercenados en nuestros tiempos. Pero allí tambien, como sucede siempre, han encontrado aquellos su santuario y último asilo en los campos, entre los robustos labradores ó *payeses* (asi se llaman en Mallorca todos los que no son habitantes de la ciudad), entre aquellos hombres que conservando en derredor de sí indelebles huellas de las razas y dominaciones pasadas, presentan, por decirlo así, una galería de trajes, mezclados y confundidos. Los anchos calzones y corta chaqueta del moro, junto á la ajustada media, y al gaban del español antiguo, bajo un sombrero de ala anchísima, semejante al de los clérigos; las cabezas afeitadas en su parte superior al modo árabe, se ven al lado de huecas y crispadas cabelleras á la Felipe V, y aun á veces reunidos, ó por mejor decir, luchando en una cabeza estos dos extremos. En los dias de fiesta ostentan su capa de paño negro semejante á las nuestras del siglo XVII; en los de trabajo ó de mucho frio se abrigan en su capote pardo, hijo evidentemente del albornoz africano. Esta mezcla, con todo, está muy lejos de ofrecer el exótico y ridículo efecto que parecerá á primera vista; es preciso vérsela lucir á los elegantes de la aldea un domingo por

la mañana á las puertas de su parroquia, ó por la tarde en un baile al aire libre; es preciso ver tambien á las señoras de sus pensamientos con su graciosa toca, llamada *rebosillo*, que termina en ricos encajes, y asomando por bajo de ella una gruesa trenza de sus cabellos hasta la mitad del cuerpo, con su ajustado corpiño de seda, adornado con botones de oro y esmalte, lujo imprescindible en las *payesas* mas indigentes, con sus no escasas alhajas y su vestido con guarniciones, sin nada, en fin, que oculte lo lindo de su talle y lo esbelto de su cintura. No se creyera que aquellas mujeres infatigables y robustas, que no contentas con las faenas domésticas ausilian á los hombres en las del campo, fuesen accesibles á la coquetería, sostenida entre ellas tanto por tradicional costumbre, como por su natural talento en que esceden mucho á los hombres. Toda su vanidad consiste en tener públicamente cuatro ó cinco adoradores, midiendo su mérito por el número de ellos, sin que esto dispierte la menor rivalidad entre los galanes, y sin que nadie se atreva á encontrar mal esa costumbre, ni á faltar á los preceptos de su etiqueta, que ordenan que el mas exacto sea el que ocupe el lado de la hermosa.

Alguna diferencia parcial puede observarse en trajes y modales entre los pueblos de la isla; los hay notables por su pronto ingenio y sal epigramática como los de Soller, otros por su laboriosidad, otros por su buen natural, los de la montaña llevan comunmente ventaja á los del llano en cultura de talento, en el cultivo de los campos en el aseo y comodidad de sus casas: los usos y natural, con todo, son los mismos entre ellos á corta diferencia. Su piedad, bastante exenta de supersticion ó estravío, en comparacion á la de otros paises, es tal vez el apoyo mas sólido de sus costumbres, adorna los altares y atesta los templos de gentío á la voz de su cura, congrega diariamente cada familia alrededor del hogar para rezar el rosario mientras se prepara la cena, devocion de la cual ningun labrador, por fatigado que llegue, se atreveria á dispensarse; y no es extraño aun oír á los arrieros y carromateros, entretener con oraciones sus nocturnos viajes. Si bien laboriosos y aun económicos, llegado el verano y recogida ya la cosecha, celebran por su turno con empeño y aun con cierta pompa la fiesta del santo patrono de su respectiva villa, ó reunen concurridas ferias, luciendo en aquellos memorables aniversarios cuanto mejor poseen y alcanzan, y entregándose á toda suerte de diversiones, de las cuales la principal y casi esclusiva es el baile, prolongado hasta muy avanzada la noche al son de sus gaitas y al resplandor de las hogueras. Amables por lo general con cualquier transeunte, le saludan atentamente, le brindan amenudo con la fruta de sus cercados, ó con la que llevan en sus cestos, y en cualquier caso apurado le ofrecerán su casa por posada, con no menos sinceridad que cortes demostraciones.—Referíame un jóven y apreciable viajero, que habiéndose acercado en sus correrías por Mallorca á una de las granjas ó predios por allí tan frecuentes, preguntando por un meson, se vió obligado á permanecer en aquella casa segun los deseos de sus buenos habitantes, y tratado durante dos dias como un antiguo huésped ó miembro de la familia, tuvo que renunciar al despedirse á toda idea de recompensa, costándole no poco hacer aceptar á las niñas un pañuelo por memoria.

En otro artículo trataremos de las otras dos islas Menorca é Ibiza, y de la historia de todas las Baleares.

J. M. QUADRADO.

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



QUEVEDO.

O magnum decus Hispanorum!
Justo Lipsio, Carta á Quevedo, fecha en
Lobaina en 25 de enero de 1605.

La fama de este insigne escritor es tan grande como merecida. Dotado por la naturaleza de un ingenio felicísimo, de una actividad prodigiosa, y de una fuerza de temperamento proporcionada á la de su elevado espíritu; perteneciente por fortuna á una clase de la sociedad, ni tan alta que pudiesen desatender sus padres y su tutor el cuidado de darle una crianza con que adelantar su estado en la sociedad, ni tan baja que les faltasen medios para proporcionársela; nacido en una época de raro lustre para la lengua y la literatura españolas, en que aquella habia llegado á su apogeo, y esta llevaba la voz en la Europa culta; vasallo de un rey, gran favorecedor de las letras; rodeado de los mas eminentes ingenios de España, y aguijonada continuamente por tanto su emulacion, todo se reunia, como de intento, para hacer de D. Franciseo de Quevedo el hombre superior que nos manifiestan sus escritos. De estos, algunos son vulgarísimos en España; tales son muchos de los jocosos, de los que puede decirse que son los que le han dado esa reputacion proverbial de que goza hasta en las últimas aldeas del reino: otros, no inferiores por cierto en mérito á aquellos, apenas son conocidos mas que en la reducida esfera de los literatos y de las personas instruidas. Nadie ignora que Quevedo es un autor chistosísimo, pocos saben que es al mismo tiempo un profundo filósofo, un consumado hablista, uno de nuestros grandes escritores ascéticos. De aquel ingenio colosal, solo un lado es perfectamente conocido, y

por todos sin embargo merece serlo igualmente. Sus aciertos en cualquiera de los ramos que cultivó, hubieran debido hacerle célebre en cada uno de ellos, pero no parece sino que la fama es avara de sus dones, y enemiga de universalidades, pues aun cuando favorece un hombre, solo lo hace bajo un solo concepto, dejando en sombra todos los demas; su luz, semejante á la del sol, solo hiere de lleno los objetos por una cara.

Poeta y prosador, eminente en igual grado, aunque no exento, ni con mucho, de defectos, Quevedo no puede proponerse como modelo á la juventud, pero es un ejemplo que debe estudiarse y meditarse con suma atencion, como con mucha cautela. Decimos que no se le debe imitar, porque sus aciertos son esencialmente originales, *sui generis*, y reciben su mayor realce de esa espontaneidad que los caracteriza, y que se remeda tal vez, pero no se imita, porque no hay arte, estudio ni regularidad en ella; es, digámoslo así, como una cifra de que no se tiene la clave: no se le debe imitar, sobre todo, porque sus estravíos son peligrosos en extremo, y suelen tener todavia mas atractivo que sus mismos aciertos. Pero repetimos que se le debe estudiar, porque nadie, en nuestra opinion, ha sabido sacar mas partido de los recursos propios de nuestra lengua, nadie la ha conocido mas á fondo, la ha manejado con mas soltura y habilidad, nadie le ha dado mas colorido, nervio y expresion. Esto en cuanto al lenguaje. Por lo que hace al pensamiento, todavia es Quevedo un maestro mas excelente, si se le lee con la cautela que poco antes recomendamos, pues es tan vivo y penetrante su ingenio para coger al vuelo las mas íntimas analogías de las cosas, que si no hubiera abusado tanto de este don para emplearle en miserables sutilezas y equívocos no siempre felices, nadie mejor que él enseñaria á discurrir, y á ahondar el sentido de las palabras y la fuerza de las ideas. Lo mismo en el estilo levantado que en el jocosso, las espresiones de Quevedo son siempre tan animadas y pintorescas que no solo los objetos materiales, sino aun á las metafísicas abstracciones da color y vida, reproduciendo con maravilloso efecto en la mente del lector la vivacidad con que en la suya propia se presentan los pensamientos. Ningun escritor ha empleado mayor número de locuciones suyas exclusivamente que Quevedo, en cuyo estilo nunca se vé que haya querido imitar á nadie, salvo en la vida de Marco Bruto, donde con rara fortuna, y probablemente no sin estudio, reproduce en nuestra lengua la enérgica concision de Tácito.

En sus obras filosóficas, Quevedo no se aparta jamás de las puras y severas máximas de la moral cristiana. Conocía todos los sistemas de filosofía que se han disputado la palma entre los hombres, y sin duda la índole peculiar de su ingenio, su natural propension á los placeres, y la vivacidad y vehemencia de su imaginacion le hacian inclinarse mas que á otra alguna á la fácil escuela sensualista de los Epicureos; pero su alta razon é instruccion vastísima le preservaron siempre, sobre todo en su edad madura, de ese vergonzoso escollo del sensualismo puro en que han ido á estrellarse tantos ingenios ó indolentes ó temerarios. Pensador profundo y sagaz como el que mas, sus máximas de filosofía cristiana tienen en su pluma, por decirlo así, toda la fuerza de una demostracion matemática: aquel autor está tan bien penetrado de su argumento, ha meditado tanto sobre él, y posee ademas en tan alto grado el don de bien decir, que se le espone al lector por todas sus faces, con todas sus analogías, con otros argumentos ya admitidos, y en fin, con una diccion tan

feliz y seductora que convence y arrebató. En sus escritos ascéticos hay mucha unción, y si carece de aquella dulzura angelica de un fray Luis de Granada, ó de una Sta. Teresa de Jesus, no por eso su lenguaje habla menos al alma de la mayoría de los lectores, como más adecuado tal vez á las ideas y al gusto comun; es decir, que por lo mismo que es mas mundano y menos celestial (permítaseme esta espresion) que aquellos dos grandes escritores sagrados, su modo de producirse y de presentar los pensamientos hace mas impresion, como si se entendiera mejor. Y la razon de esto es sencilla; Quevedo viviendo en el siglo, estaba en mejores condiciones para hacerse comprender de los que viven en el siglo, que los dos citados ascetas que vivian en el claustro.

Quevedo escribió tanto, y en tantos géneros, que no es extraño que no tuviese tiempo para limar sus escritos; además, es dudoso que sus retoques los hubiesen mejorado, pues su gusto no era muy puro, y aunque estaba convencido y se burlaba graciosamente de la extravagancia de los cultos, no era él á veces menos culto que el mismo Góngora. En sus versos particularmente hay muchos trazos que son de todo punto imposibles de descifrar; en otros el sentido es tan oscuro y el lenguaje tan enmarañado, que el trabajo que cuesta entenderlo disminuye en gran parte el placer de su lectura; pero tambien en sus momentos de inspiracion feliz, pocos le igualan. Entonces es elevado, elocuente, y grande sobre todo, pues la grandeza es el carácter esencial de sus concepciones, siempre estampadas con el sello del genio.

En el género festivo seria perfecto, si no pudieran echársele en cara dos cargos graves, uno mucho mas grave que otro: es oscuro y demasiado libre en sus espresiones. Este último defecto es tan inesplicable en Quevedo como su culteranismo, si se considera la austeridad que predica en sus obras de moral cristiana: desgraciadamente es tan fatal como inesplicable, pues afea sus mas graciosas composiciones. No creemos francamente que este defecto en él sea corruptor, ni acusaremos á Quevedo de hacer amable el vicio. Nadie dirá de él con razon que es un autor obscuro y peligroso, mas no por eso merece disculpa cuando se desliza á pensamientos lúbricos y espresiones mal sonantes. Lo único que puede decirse es que en estos casos su mucha sal suele desarmar la critica.

Tuvo Quevedo grande amistad con los primeros ingenios y los hombres mas ilustres de su siglo, mereciendo de estos grandes distinciones, particularmente del duque de Osuna, D. Pedro Giron, del conde Lemos, y del duque de Medina; y de aquellos, los mas extraordinarios elogios. El docto valenciano Vicente Mariner, en la dedicatoria del panegirico del emperador Julian al Sol que tradujo del griego al latin y publicó en 1625, le dice entre otras cosas: *Tu hoc musarum et litteratum imperio, in hoc equidem, divinarum cogitationum æthere, tu solus es sol, tu solus princeps, caput, imperator, numen.* «Milagro de naturaleza» llama su ingenio el sabio Juan Pablo Mártir Rizo, en la defensa que imprimió del Patronato de Santiago, y ya hemos visto en el epigrafe de esta noticia el alto concepto en que le tenia Justo Lipsio, varon insigne, con quien, para mayor alabanza, compara Lope de Vega á nuestro autor en el *Laurel de Apolo* silva séptima, diciendo:

Al docto D. Francisco de Quevedo
Llama por luz de tu riberá hermosa,
Lipsio de España en prosa
Y Juvenal en verso,

Con quien las musas no tuvieron miedo
De cuanto ingenio ilustra el universo
Ni en competencia á Píndaro y Petronio,
Como dan sus escritos testimonio;
Espíritu agudísimo y suave,
Dulce en las burlas, y en las veras grave,
Príncipe de los líricos, que él solo
Pudiera serlo, si faltara Apolo.
¡O musas! dadme versos, dadme flores,
Que á falta de conceptos y colores
Amar su ingenio y no alabarle supe;
Y nazcan mundos que su fama ocupe.

Solo con dos hombres de verdadero mérito sabemos que andaba bastante desavenido, por ser ambos particularmente discolos y arrogantes: tales fueron Góngora y Perez de Montalvan. A ambos satirizó en prosa y verso.

»He de untarte mis versos con tocino
»Porque no me los muerdas, Gongorilla.»

Tambien se atribuye á Quevedo este gracioso epigrama, aunque no consta que sea suyo:

Al doctor Don Juan Perez de Montalvan.

El doctor tú te lo pones,
El Montalvan no le tienes,
Con que quitándote el don
Vienes á quedar Juan Perez.

Las obras de Quevedo que andan impresas son las siguientes.

- I. La cuna y la sepultura.
- II. Introduccion á la vida devota.
- III. De los remedios de cualquiera fortuna.
- IV. Virtud militante contra las cuatro pestes del mundo.
- V. Vida de S. Pablo Apóstol.
- VI. Compendio de la vida de Sto. Tomás de Villanueva.
- VII. Doctrina para morir.
- VIII. Vida de Marco Bruto.
- IX. Fortuna con seso, hora de todos.
- X. Memorial por el Patronato de Santiago.
- XI. Epiteto y Focilides en español.
- XII. Carta de las calidades de un casamiento.
- XIII. Carta de lo que sucedió en el viaje que el rey nuestro señor hizo al Andalucía.
- XIV. Carta á Luis XIII, rey de Francia.
- XV. El sueño de las Calaveras.
- XVI. El mundo por dentro.
- XVII. Historia y vida del gran Tacaño.
- XVIII. El alguacil alguacilado.
- XIX. Las zaurdas de Pluton.
- XX. Visita de los chistes.
- XXI. Casa de los locos de Amor.
- XXII. La Culta latiniparla.
- XXIII. El Entremetido, la Dueña y el Soplon.
- XXIV. Cartas del caballero de la Tenaza.
- XXV. Cuento de cuentos.
- XXVI. Libro de todas las cosas, y otras muchas mas.
- XXVII. Tira la piedra y esconde la mano.
- XXVIII. El Rómulo, traduccion del que escribió el marqués Virgilio Malvezzi.
- XXIX. Política de Dios y Gobierno de Cristo, primera y segunda parte.
- XXX. El Parnaso español, las Nueve Musas.

(Al fin de esta obra va la carta que escribió el autor á Don Antonio de Mendoza, donde aconseja que el hombre sabio no debe temer la muerte.)

En la vida de Quevedo, escrita poco despues de su muerte, se citan los siguientes títulos de obras suyas inéditas que se hallaban unas en poder de su sobrino y heredero D. Pedro Aldrete de Quevedo y Carrillo, y otras en manos de otras personas, que no se pudieron re-

cobrar, á pesar de que se hicieron para ello muchas diligencias, y con censuras eclesiásticas de dos paulinas.

- I. Flores de Corte.
- II. Tratado de las cosas mas corrientes de Madrid y que mas se usan.
- III. Teatro de la Historia.
- IV. La felicidad desdichada.
- V. Consideraciones sobre el testamento nuevo y vida de Cristo.
- VI. Algunas Epístolas y controversias de Séneca traducidas.
- VII. Dichos y hechos del duque de Osuna en Flándes, España, Nápoles y Sicilia.
- VIII. Algunas comedias, de las cuales dos viviendo el autor se representaron con aplauso de todos.
- IX. Discursos acerca de las Láminas del Monte santo de Granada.
- X. La isla de los Monopantos.
- XI. Un tratado contra los judíos, cuando en esta corte pusieron los títulos que decían: *Viva la ley de Moisés y muera la de Cristo*.
- XII. Traducción y comentario al modo de confesar de Santo Tomás.
- XIII. Vida y martirio del P. Marcelo Mastrillo, de la Compañía de Jesús.
- XIV. Historia latina en defensa de España, y en favor de la reina madre.
- XV. Vida de Sto. Tomás de Villanueva, escrita muy por extenso.
- XVI. Tratado de la inmortalidad del alma.
- XVII. Diferentes papeles sueltos muy curiosos.

A esta lista hay que añadir un gran número de cartas escritas á varios sujetos en elegante estilo y en diferentes géneros, de las cuales se conservan bastantes, aunque es regular que muchas mas se hayan perdido.

Don Nicolás Antonio, en el artículo «Quevedo», *Bibliotheca nova*, divide las obras de este autor en cuatro clases: en la primera pone las sagradas, histórico-políticas; en la segunda, las profanas, que son ó morales ó políticas; en la tercera las jocosas ó satírico-morales, y en la última las poesías.

Quevedo, aunque su nombre es bastante conocido en Francia, ha sido pocas veces, y poco felizmente traducido. *El Gran Tacaño*, y las cartas del *Caballero de la Tenaza*, y algunas de sus *Visiones ó Sueños*, se han traducido varias veces desde el año 1641 en que M. La Geneste puso estas obras en francés por la primera vez. Un anónimo y Mr. Radots hicieron nuevas traducciones de los mismos tratados, pero no con mas exactitud y elegancia que el primero. Verdad es que tampoco hay en castellano autor mas difícil y á veces imposible de traducir que Quevedo. El apreciable literato D. Juan María Mauri ha puesto en francés con su acostumbrada habilidad varias composiciones poéticas de nuestro autor de distintos géneros en el tomo 1.º de la *Espagne poetique*. (Paris 1826.)

Una circunstancia que pudiera explicarnos la rara fecundidad de Quevedo es aquella rigurosa distribución de su tiempo que habia adoptado, segun refiere su vida, y de que jamás se apartaba. Para que los cuidados domésticos no pudieran distraerle de sus habituales tareas, siempre vivió en Madrid en posada pública: tenia horas fijas en que recibía á sus amigos, y fuera de las cuales no admitía visita alguna. Hasta en coche y en paseo iba estudiando: apuntaba al paso cuanto le llamaba la atención, y llevaba un diario de sus hechos y observaciones, y hasta de sus confesiones generales. Merced á este buen orden, que igualmente observaba Lope de Vega, pudo alcanzarle el tiempo para tantas y tan distintas obras, sin que se perjudicasen unas á otras.

Nació D. Francisco de Quevedo y Villegas en Madrid

el año 1580, y fueron sus padres Pedro Gomez de Quevedo, secretario de la reina Doña Ana de Austria, cuarta mujer de Felipe II, y Doña María Santibañez, camarista de la misma reina. Tuvo Quevedo tres hermanas, Doña Margarita, que casó con D. Juan Aldrete y San Pedro, la madre sor Felipa de Jesus, carmelita descalza en el convento de Santa Ana de Madrid, y Doña María que murió niña. Perdió Quevedo á su padre siendo todavía de tierna edad; y habiendo quedado pocos años despues huérfano tambien de madre, pasó á cargo de su tutor el protonotario de Aragon, D. Gerónimo de Villanueva, siguiendo tan felizmente sus estudios bajo el cuidado de este, que antes de la edad de quince años fué graduado de Teología en la universidad de Alcalá. Estudió, ademas de la latina, las lenguas griega, hebrea, arábica, francesa é italiana, llegando á ser excelente en todas ellas, lo mismo que en las letras sagradas y profanas, en ambos derechos civil y canónico, y en las ciencias naturales. La maestria que alcanzó en el latin le granjeó la correspondencia epistolar, á los 28 años de su edad, con Justo Lipsio (1) y otros célebres humanistas. De sus adelantamientos en el griego son testimonio la feliz traducción que hizo de Anacreonte y otros autores, las alabanzas que hombres doctos le tributaron en su tiempo con epigramas griegos, y las instancias que el mismo Justo Lipsio y D. Bernardino de Mendoza le hicieron para que se encargase de la defensa de Homero. En la lengua hebrea no haria menos progresos cuando le consultaban autores gravísimos, y entre ellos el padre Mariana, con motivo de la ortografía de los textos citados en su defensa del célebre Benito Arias Montano.

Un lance de honor en el que Quevedo, saliendo á la defensa de una dama indignamente ofendida en la iglesia de San Martín de Madrid, un jueves de semana santa, mató á su contrario á cuchilladas, le obligó á pasar á Italia, aceptando con este motivo el cargo de secretario suyo que con instancia le ofrecía el Duque de Osuna, virey de Sicilia. Luego pasó á Nápoles con el Duque é hizo señaladísimos servicios al gobierno, distinguiéndose extremadamente por su actividad, su inteligencia y su acrisolada pureza (2), con lo que le hizo merced el rey del hábito de Santiago y de una pensión de 400 ducados. Arrastrado, empero, en la ruidosa caída del Duque de Osuna (3) sufrió D. Francisco grandes trabajos y persecuciones. Tres años y medio estuvo preso en la villa de Ter-

(1) *O litteras tuas, et amicas, et sensibus argutas! utroque nomine exuperant*, le decia aquel autor respondiendo á una que le escribió Quevedo en 1605. Estas curiosas cartas latinas se dieron á luz en Madrid en 1625, por diligencia del licenciado Vicente Mariner.

(2) Como honroso testimonio de la probidad de Quevedo en el ejercicio de su empleo, no estará demas dar aqui el siguiente extracto de un despacho del duque dirigido al rey, en 27 de mayo de 1617: «Suplico á V. M. mande que con toda brevedad se despache D. Francisco de Quevedo, pues hasta su vuelta lo mas que puedo hacer es ir suspendiendo estos negocios, por la falta que tengo de persona de quien fiarlos, y ser ellos de calidad que muchos que hasta ahora habrán vivido muy bien, corren peligro en dejarse llevar de tanto dinero como ofrecen los que querian rescatar lo mas que pudiesen, pues es de suerte que sé de cierto que aun sin hacer cosa mal hecha, tuviera hoy D. Francisco de Quevedo cincuenta mil ducados, con tal que me hubiera propuesto disimulacion ó flojedad....»

(3) Nadie ha puesto en claro con mas lucidez y aun evidencia á nuestro parecer, la verdad de los tratos del duque de Osuna con la república de Venecia, y la parte que tomó en ellos D. Francisco de Quevedo, que el Sr. conde Daru en su excelente *Historia* de aquella república.

re de Juan Abad, cuyo señor era, con tanto rigor, que escribiendo al presidente de Castilla el miserable estado en que se hallaba, y ponderando la imposibilidad de medios que allí había para cobrar la salud, le dice *haber visto á muchos condenados á muerte, pero á ninguno condenado á que se muera*: y aunque al cabo le volvió el rey á su gracia, dándole en 1632 el título de secretario suyo, y nombrándole su embajador cerca de la república de Génova. Quevedo, desengañado del mundo, apesadumbrado con la reciente pérdida de su esposa Doña Esperanza de Aragon, señora de acreditada nobleza, y deseoso de volver de lleno al cultivo de las letras, se retiró á la Torre de Juan Abad, donde vivió sosegado y feliz todo el tiempo que se lo consintió la malicia de sus émulos. En 1641, suscitáronle estos una nueva y mas violenta persecucion con motivo de habersele atribuido una composicion en verso contra el gobierno. Restituido en fin á la libertad, pero perdida la salud y la hacienda, se retiró á su villa á reponerse de ambas pérdidas; pero allí se le agravaron sus achaques, tuvo que trasladarse en busca de mejor asistencia, á Villanueva de los Infantes, donde feneció su vida en 8 de setiembre de 1645, dia celebre por el nacimiento de Nuestra Señora, y por la victoriosa muerte de santo Tomas de Villanueva, de quien fué siempre D. Francisco particularmente devoto, y cuya vida escribió con docta y elocuente pluma.

«Fué Quevedo de mediana estatura, el pelo negro y algo encrespado; la frente grande; sus ojos muy vivos, pero tan corto de vista que llevaba continuamente anteojos; la nariz y demas miembros proporcionados, y de medio cuerpo arriba bien hecho (aunque cojo y lisiado de entrambos pies, que los tenian torcidos hácia dentro): algo abultado sin que le afease; muy blanco de cara, y en lo mas principal de su persona concurrieron todas las señales que los fisónomos celebran por indicio de buen temperamento y virtuosa inclinacion; de manera que de su ánimo, en piedad y letras excelente, no se podia decir lo que á un filósofo dijo un astrólogo: *Tuus animus male habitat*: «Tu ánimo vive en mala posada». No niego que en el verdor de sus años tuvo mocedades y condicion algo fuerte, pero supo reportar su natural inclinacion con los estudios y ejercicios de virtud de tal suerte, que nunca se desmandó á cosa que oliese á escándalo; antes con la madurez de los años fué mostrando cuan templadas y sujetas á la razon tenia sus pasiones, dando á todos muy buen ejemplo.»

(El abad D. Pablo Antonio de Tarsis, *Vida de Don Francisco de Quevedo y Villegas*.)

E. DE O.



ADVERTENCIA.

Con el número de hoy, concluye la segunda serie del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL, y cesa en la direccion de esta obra D. Ramon Mesonero Romanos, á cuyo cargo ha corrido desde su fundacion en 1836.

Una tercera serie que empezará con el tomo octavo en 1.º de enero de 1843, está destinada á realizar en lo sucesivo los deseos del director que hoy cesa, y á que se han opuesto constantemente las circunstancias criticas en que emprendió esta publicacion, y lo costoso é imperfecto de los medios materiales con que para ello podia contar.—Calmadas felizmente aquellas adelantados los recursos artisticos, y contando ya con la popularidad que esta obra ha alcanzado, fácil podrá ser á las manos hábiles á que la trasladamos, realizar las mejoras materiales que sin duda reclama, sin alterar sustancialmente el sistema constante, que en cuanto á la redaccion hemos procurado seguir.—En ella aspiramos mas que á la gloria propia á recoger las del país, que en manos de curiosos ó entre el polvo de los archivos yacian olvidadas, sin que nadie se tomase el trabajo de buscarlas; para ello pusimos á contribucion á todas las personas amantes de su patria, que siendo ó no literatos ú artistas, estuviesen en el caso de poderlos procurar algunos trabajos inéditos sobre las antigüedades históricas, la descripcion física ó el estudio moral de los pueblos españoles, para ello estimulamos á nuestros jóvenes artistas á ensayar el grabado en madera, único compatible con la economía de una publicacion popular; para ello, en fin, no perdonamos diligencia ni gasto alguno, creyendo hacer un buen servicio en agrupar muchos materiales que algun dia puedan servir para la descripcion exacta de nuestra España, tan poco conocida dentro y fuera de ella.

Debemos gracias al público, que ha querido apreciar nuestros esfuerzos, leyendo con interés esta modesta publicacion y disimulado sus defectos materiales: á los muchos y celosos colaboradores de Madrid y las provincias, que han contribuido á su redaccion con apreciables escritos: y por último, á los periódicos de todos los matices, que respetando nuestra imparcialidad y buen deseo, no nos han inquietado en el transcurso de siete años con la mas leve censura, ni cargádonos tampoco en cuenta corriente la mas mínima partida de elogios.

R. DE MESONERO ROMANOS.

FIN DE LA SEGUNDA SÉRIE.

Hoy se reparte la portada é índice del tomo 7.º, y con el número del domingo próximo se entregará la cubierta del mismo, y el prospecto de la tercera serie del Semanario, que empieza aquel dia.

Los señores suscritores de provincia, cuya suscripcion concluye en fin del año, pueden servirse renovarla con tiempo, á fin de no experimentar retardo en el recibo de los números.—En Madrid les llevarán los repartidores los recibos á las casas.

Desde el dia 1.º de enero próximo estará de venta en las librerías de Jordan y de Cuesta el tomo 7.º del Semanario, que comprende este año de 1842, á 36 rs. encuadernado en rústica, y se remitirá á las provincias con aumento del porte.—Igualmente hay colecciones de los siete tomos, desde 1836 á 1842 inclusive, á 210 rs. cada una.